

Chasqui

Revista Latinoamericana
de Comunicación

No. 54 - JUNIO 1996

Director

Asdrúbal de la Torre

Editor

Fernando Checa Montúfar

Consejo Editorial

Jorge Mantilla Jarrín

Edgar Jaramillo Salas

Nelson Dávila Villagómez

**Consejo de Administración de
CIESPAL**

Presidente, Tiberio Jurado, Rector de la
Universidad Central del Ecuador.

Roberto Passailaigue,

Ministro de Educación.

Diego Rivadeneira,

Min. Relaciones Exteriores.

Héctor Espín, UNP.

Jorge Estupiñán Tello, UNESCO.

Louis Hanna Musse, AER.

León Roldós, Universidad Estatal de
Guayaquil.

Edgar Jaramillo Salas,

FENAPE.

Asistente de Edición

Martha Rodríguez

Portada

Gonzalo Endara Crow

Impreso

Editorial QUIPUS - CIESPAL

Chasqui es una publicación de CIESPAL

Apartado 17-01-584. Quito, Ecuador

Telf. 506 149 544-624. Telex: 22474

CIESPL ED. Fax (593-2) 502-487

E-mail: chasqui@ciespal.org.ec.

Registro M.I.T., S.P.I.027

Los artículos firmados no expresan
necesariamente la opinión de CIESPAL o
de la redacción de la revista. Se permite su
reproducción, siempre y cuando se cite la
fuente y se envíen dos ejemplares a

Chasqui

NOTA A LOS LECTORES

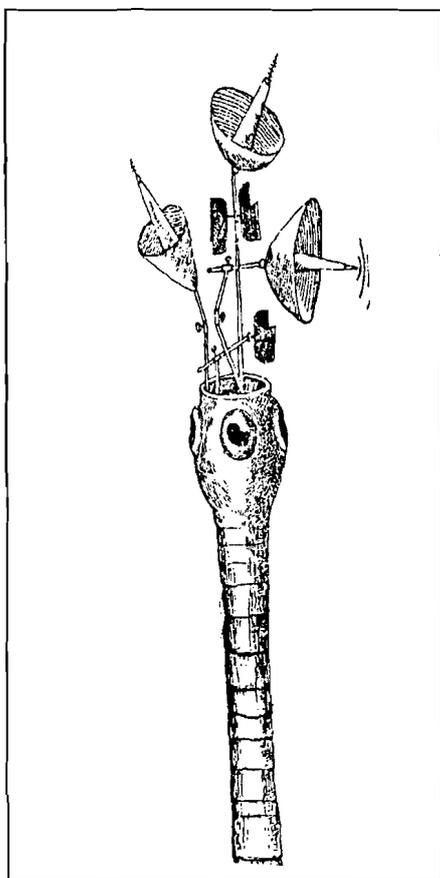
Complejo, polémico e insondable, **El laberinto de la ciberred** provoca adhesiones eufóricamente optimistas, sabotajes creativamente iconoclastas, expectativas anhelantes de democracia. Según Bill Gates, "los beneficios y problemas que surgirán serán mucho mayores que los que produjo la revolución de las PC", introducidas en los albores de los años 80. Ahora, el cibernauta ya puede acceder a una inimaginable oferta de información multimedia, hacer sus compras, apostar, blanquear narcodólares, acceder a mensajes de una enorme gama de emisores (desde el movimiento neonazi que incita a la violencia racista, hasta el de Chiapas que expone globalmente las razones de su lucha), degustar una pornografía que está siendo censurada... y, todo ello, desde su casa. Beneficios y problemas son los que caracterizan al caos existente en la telaraña cibernética, caos que aún garantiza libertades, pero presenta enormes limitaciones para quienes no tienen acceso adecuado a la tecnología; más aún en una América Latina (solo el 0.6% de los usuarios de Internet en el mundo) carente de políticas de comunicación que generen condiciones para un uso intensivo, extensivo y democrático de la ciberred.

La cultura visual que vivimos, cultura multimediática, satelital, informática, TVisionada... tiene como uno de sus soportes fundamentales a la "más antigua nueva tecnología": **La televisión por cable**. Para el año 2000, la TV pagada tendrá 20 millones de suscriptores en América Latina. No sorprende, entonces, que los Azcárraga, Murdock, Marinho, Abril, Vargas, etc., estén muy interesados en este lucrativo y creciente negocio, como lo han estado los monopolios y oligopolios nacionales, generalmente en franco contubernio con los gobiernos latinoamericanos. Así, está vigente para la región lo que Furio Colombo vaticinó, hace más de 20 años, para Italia: "El cable puede desafiar o no al monopolio, según las fuerzas que consigan intervenir para controlar o ampliar su uso. Aquello que conocemos como televisión cambiará en todo caso, pero no cambiarán... todos los demás aspectos del problema del control de las informaciones y de las comunicaciones". Al respecto, el reto para la comunicación democrática y sus diversos actores es enorme, demanda un conjunto de acciones sistemáticas, sostenidas, compartidas y plurales para, al margen de veleidades integristas o apocalípticas, asumir posiciones que permitan transformar este fenómeno audiovisual, en función de los propios y auténticos intereses latinoamericanos.

"Si la prensa es un perro de vigilancia, ¿quién vigila a la prensa?". Es una pregunta imprescindible cuando del poder de esta se trata ("es demasiado poder, es un poder peligroso", lo reconoce un empresario de medios venezolano). Y la misma empresa periodística contemporánea ha encontrado dos maneras de vigilarse, de controlarse, no suficientemente evaluadas: el Consejo de prensa y el *Ombudsman*. Esta última palabra, de origen escandinavo, designa al abogado, representante o **Defensor del lector** (*ombuds* significa "aquel que representa"). En este módulo temático de *Chasqui* ofrecemos, por primera vez, distintos acercamientos al perfil del *ombudsman* de prensa, las ventajas y límites de esta institución, su necesaria independencia, trans fondo ético, autonomía y otros aspectos que contribuirán a fortalecer mecanismos adecuados para controlar ese "peligroso poder", ojalá extensivos a los otros medios, sobre todo a la TV.

EL LABERINTO DE LA CIBERRED

Solo el 0.6% de los usuarios de Internet en el mundo son de Latinoamérica. Las limitaciones tecnológicas de acceso a la ciberred son serios obstáculos para democratizarla y ponerla al servicio de los intereses regionales.



- 4 El periodista en la quinta revolución cultural
Rafael Roncagliolo
- 8 La "sociedad de la información": ¿promesa de futuro o eslogan neoliberal?
Bernat López

12 Computadoras y vídeo: nuevos mercados globales
Enrique González-Manet

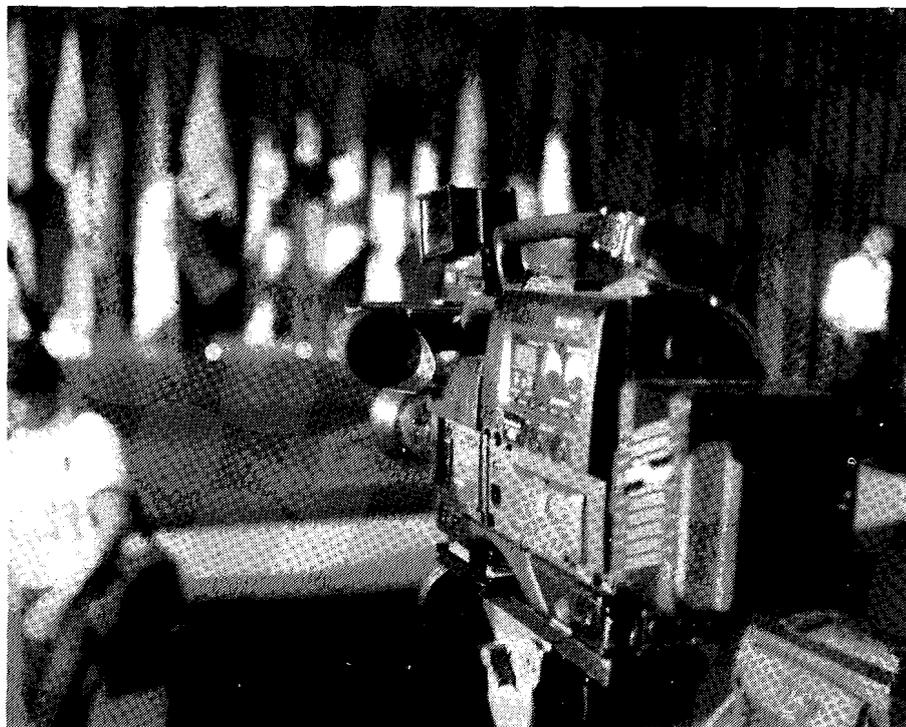
16 El Internet en América Latina
Sally Burch

20 Veneno en la red
Christian Ferrer

25 Tomando el pulso al laberinto

LA TELEVISION POR CABLE

Para el año 2000, los suscriptores de la TV pagada serán 20 millones en América Latina. Este es un negocio que están disputándose los magnates nacionales y transnacionales de la comunicación. En este contexto, ¿cuáles son las posibilidades que tenemos para democratizar este servicio?



29 Argentina: de los cableros a los grandes operadores
Diego Rossi

33 Mucho gusto Argentina, encantado Brasil
Anita Simis

37 Uruguay: a la espera del beso del príncipe
Enrique Roldós

41 Ecuador: David y Goliat en el cable
Fernando Checa M.

46 Venezuela: hacia un canal de servicio público
Carlos Eduardo Colina

51 La televisión directa: lucha de gigantes
Gonzalo Ortiz Crespo

56 TV: la captura en la imagen
Roberto A. Follari

EL DEFENSOR DEL LECTOR

La prensa tiene "demasiado poder, un poder peligroso". ¿Cómo controlarlo?, ¿cómo vigilarlo? Una de las opciones son los ombudsmen, experiencia no suficientemente evaluada. Aquí, algunas reflexiones al respecto.



- 60** Perfiles de la Defensoría del Lector
Diego Araujo Sánchez
- 63** ¿Son necesarios los ombudsmen?
Mario Xavier

- 68** El poder de los medios y el ombudsman
Eleazar Díaz Rangel
- 72** México: hacia la creación del ombudsman
Javier Esteinou Madrid

NUESTRA PORTADA

Sin título. Acrílico en tela.
120 x 80 cm. de

GONZALO ENDARA CROW
Ecuatoriano

17 marzo de 1936
14 de abril de 1996

Porque en su obra y en su aporte a la cultura, él pervive.

DISEÑO PORTADA Y
CONTRAPORTADA

ARTURO CASTAÑEDA V.



- 75** Un faro para la prensa
Marcia Gurgel
- 77** Canadá: control de la violencia en la TV.
Andrea Martínez
- 81** Los ombudsmen: un balance

ENSAYOS



- 83** Espejo, periodista esencial
Hernán Rodríguez Castelo
- 86** La iglesia y los medios de comunicación
Gregorio Iriarte
- 88** Colombia: los periodistas y el proceso 8.000
Juan Pablo Ferro C.
- 91** Historia de una histeria
Jorge Luis Gómez
- 93** IDIOMA Y ESTILO
El periodista y el verbo
Hernán Rodríguez Castelo
- 96** ACTIVIDADES DE CIESPAL
- 97** NOTICIAS
- 99** RESEÑAS

TV: La captura en la imagen



“La cultura posmoderna que vivimos, la cultura visual, nos hace sentir más como sujetos de ciencia ficción que como sujetos sociales, más como terminales de computadoras que como agentes de actividad”, afirma el autor en esta reflexión en dos tiempos sobre lo visual y la posmodernidad. Esta condición cultural existente no tiene una salida dialéctica en el escapismo nostálgico, sino en su asunción crítica y en la producción de condiciones que permitan transformarla: ni celebración irresponsable de lo posmoderno, ni denostación generalizada.

I. Travesías de lo imaginario

En términos de la teoría psicoanalítica tal cual la ha desarrollado J. Lacan, el registro imaginario existe junto al de lo simbólico y el de lo real. Este último es el de la presencia pura no mediada por el campo de la representación a nivel

imaginario o lingüístico: una cierta obscuridad que alcanza visos siniestros, y que opera en el caso de los sicóticos.

El plano representacional se juega entre lo imaginario y lo simbólico. La simbolización estaría dada en el campo de la palabra: en la medida en que se puede ordenar en discurso la autocomprensión, en la medida en que exista la sistematización ordenatoria del lenguaje

en relación con la experiencia, el sujeto podrá saber acerca de sí y el mundo, podrá no extraviarse en la inmediatez y la sensación sin significado.

Lo dicho no implica que el mundo de las imágenes no esté a la vez mediado por el lenguaje mismo; la simbolización resulta estructurante respecto del universo de significaciones que el sujeto porta, en su conjunto. Sin embargo, cabe acla-

ROBERTO A. FOLLARI, argentino. Profesor e investigador en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, Universidad de Cuyo, Mendoza.

rar que el espacio imaginario es el de la captura en el narcisismo, en las fantasías de completud, perfección y logro plenos: este registro tiende a su reaparición permanente y nunca es "reducido" por lo simbólico. No cabe colonizar el mundo del imaginario con el de la palabra, sino mostrar la capacidad de reflexionar el propio lugar, de instalarse en el campo de la verdad del sujeto como el sitio discursivamente mediado desde el cual damos razón de nosotros mismos, y podemos diferenciar las condiciones de lo intersubjetivamente posible, de aquellas que podemos fantasear en las ensueños diurnas y en el *wishful thinking* (espejismo) en que nos instalamos de manera casi constante.

Sin palabra mediadora no existe sujeto, sin ordenación simbólica estamos a merced de la fantasía para la cual "no existe ningún no", como podemos afirmar parafraseando a Freud. Lo señalado nos ofrece un ángulo de mirada convergente con el que, desde la epistemología, ofrecería -por ejemplo- G. Bachelard: el concepto es necesario, la palabra tiene primacía ordenatoria en relación con la imagen, esta por sí misma nada garantiza; en este caso, (el sicoanalítico) en relación con la constitución subjetiva y el elemental e imprescindible conocimiento de sí.

El campo de la imagen es campo especular, en el cual el sujeto tiende a proyectar fantasías de completud; allí se niega por tanto la necesidad de la ley y de la aceptación de la carencia, en lo imaginario el sujeto no está barrado ni existe angustia de castración, o espacio desde el cual el "no" al cumplimiento inmediato de la demanda pueda inscribirse. Para que un sujeto pueda instalarse en la cultura, tiene que aprender el no, tiene que asumir la ley y los impedimentos, tiene que superar la tendencia inicial al simple cumplimiento de la demanda. Todo esto requiere de la instauración del lenguaje; es allí donde se aprende el "no", dado que la realidad se diría que carece de negación visible¹. El no a lo que está provisto en el campo de la representación debe salir desde fuera de ella misma; por esto, la cultura no se instala a partir de la imagen sino de la palabra, en tanto solo esta última es una propiedad exclusiva de la cultura, del espacio del género humano a diferencia del resto de las especies.

Esto no implica un ataque a la imaginación como capacidad creadora, tan promocionada por algunos autores². Si bien la creatividad nos parece limitada a las posibilidades de aquello que está provisto por las condiciones materiales en las que un sujeto se ha desenvuelto (es decir, nada se inventa, todo es recreación; como señalaría Derrida, aun los originales son copia), es cierto que existe la posibilidad diferencial entre sujetos diversos, de producir soluciones no previstas a situaciones o problemas; hay capacidad diferencial de recreación de la experiencia a partir de la subjetividad. Pero la imaginación es algo diferente respecto del registro imaginario: la imaginación supone capacidad de simbolizar las intuiciones provistas desde lo imaginario. Lo imaginario puro no remite a creatividad alguna: es fantasía sin mediación, repetición infinita de la captura en la plenitud del reconocimiento por los otros o en el goce perfecto e ininterrumpido, es la perpetua paz del repaso permanente de las mismas imágenes. En lo imaginario no reside sino un aspecto germinal de la imaginación: esta para realizarse exige el paso por lo simbólico. Cuando Derrida criticó a Lacan por cierto exceso supuesto por este en la determinación por el lenguaje, tal vez erró el sitio en que debía situar la crítica: quizá no hay que pedir más lugar para lo imaginario, sino en todo caso -en sentido freudiano-, promover una concepción más corpórea respecto de la pulsión³.

Concluyendo el punto: el sujeto no se constituye en cuanto tal a partir del registro dado por las imágenes. Se requiere el lenguaje articulado, la función y el campo de la palabra. Quien esté preso de la imagen no puede superar lo especular, carece de la posibilidad de asumir su carencia, y por ello de ordenarse en el campo de la prohibición, que es el de la cultura y de la constitución del deseo como deseo humano. Por ello, para que haya sujeto autoasumido, tiene que haber despliegue del espacio del lenguaje.

2. La visualización total

Todos lo sabemos bien: vivimos en un mundo dominado por la omnipresencia del vídeo y la televisión. La invasión de la imagen artificial, del hiperrealismo en formato de *spot* publicitario es absoluta. El género *zapping* es ya una moda-

Todos lo sabemos bien: vivimos en un mundo dominado por la omnipresencia del vídeo y la televisión. La invasión de la imagen artificial, del hiperrealismo en formato de *spot* publicitario es absoluta. El género *zapping* es ya una modalidad de conformación de la cultura y las relaciones sociales: la vida copia a la televisión y no a la inversa.



Edgar Narango, Ecuador

"Por la palabra el sujeto podrá saber acerca de sí mismo y del mundo"

lidad de conformación de la cultura y las relaciones sociales: la vida copia a la televisión y no a la inversa. Los hechos se ordenan para ser televisados, se producen como representación para el mundo televisivo como universo visual autosuficiente, que se tiene a sí mismo como referente. El espectáculo perpetuo e infinito está instalado, y los jóvenes de las nuevas generaciones están conformados según sus pautas⁴.

La cultura de lo visual ha arrasado la especificidad de lo real, que es distinguido como diferenciable, pero como un *degradeé* en relación a lo estipulado por la cultura del espectáculo total. Se adelgaza para la imagen, se baila para aparecer en la pantalla gigante, se escucha música por mediación del *videoclip*, se goza narcisísticamente en la respuesta a la interpelación -receptada por cada uno aparte, pero para todos igual- lanzada desde el ofrecimiento en la pantalla. La vida se ha convertido en un pálido reflejo de lo que ofrece el brillo del detallado y colorido espectáculo televisivo.

Todo esto llega, en la cultura posmoderna que habitamos, a cierto paroxismo que la obra de Baudrillard se ha encargado de diseccionar: nos sentimos más como sujetos de ciencia ficción que como sujetos sociales, nos pensamos co-

mo terminales de pantalla más que como agentes de actividad, cierta neutralización de la especificidad de los mensajes por la permanencia agobiante del estímulo visual se nos impone, un vaciamiento generalizado del significado está en curso.

Ante tal situación, por todos al menos intuida o entrevista, cabe la idea de volver al pasado y salir de este espacio de imposición tecnológica para reasumir lo positivo de un tiempo en el cual las relaciones eran cara a cara, y la imagen no se imponía como sobreimpresión de lo real.

Este expediente de abandonar lo posmoderno porque no se concuerda con sus efectos, es una buena muestra de salida imaginaria e imposible a la crisis actual: ni es posible salir de lo existente por vía de un heroico gesto voluntarista, ni el pasado resulta tan transparente y positivo como para pensar que su restauración sería valiosa⁵.

La cultura posmodernizada está anclada sobre las condiciones objetivo/materiales impuestas por el avance tecnológico, no solo en el campo del vídeo, sino también en los de las comunicaciones, los viajes, la informática, la robótica. E incluso en la historicidad concreta plasmada por el fracaso de las ex-

periencias del socialismo real, el hastío en relación con la democracia occidental y el incumplimiento de las promesas de prosperidad capitalista, el sentimiento de que las posibilidades de resistencia política al estilo clásico deben ser reformuladas. Es decir: una época ha sido superada, y no es factible regresar a la condición anterior, porque en lo tecnológico y en el plano de las creencias, ideologías y valores, se han producido transformaciones profundas e irreversibles, que no pueden ser ignoradas ni exorcizadas por ninguna negación abstracta en el plano de las tomas de posición. La única forma coherente de superar lo no deseable de la actual situación será, para quienes no la compartimos, producir una **negación determinada**: es decir, asumir lo existente, y en el mundo de las prácticas sociales concretas, producir las condiciones que permitan las modificaciones buscadas.

Por otra parte, vale la pena pensar que las relaciones entre modernidad y posmodernidad no son de mutua exclusión, sino de continuidad⁶; lo posmoderno es el fruto de la realización del mundo del dominio científico-técnico promovido por la modernidad. Por ello no es incoherente hablar de lo posmoderno como

de una condición de **sobremodernidad**⁷; de manera que sería erróneo denostar simplemente lo posmoderno apoyándose en la modernidad.

Además, suele idealizarse el pasado, cuyas huellas dolorosas están superadas, al compararlo con el presente de la colonización de la vida por el vídeo. La sociedad moderna fue también la del disciplinamiento, el autoritarismo y la intolerancia; en nombre de utopías se pudo asumir el totalitarismo como si fuera no solo aceptable sino necesario y defendible, como ocurrió en la época stalinista. La estetización vanguardista, junto a un industrialismo curiosamente retrógrado, finalizaron en el nazismo; el *american way of life* produjo todo tipo de intervenciones militares y auspicio a dictaduras en nombre de una sedicente defensa de la libertad. La moralina, la imposición de las generaciones de los padres por sobre las de sus hijos, la escolarización ritualis-

ta y exigente de obediencia cerrada, son algunas de las resultantes de una época que -como todas- tiene que ser vista con objetividad al ser perspectivizada desde el presente, pues de lo contrario aparece como la simple contracara imaginaria de los males de la actualidad.

Nada de escapar de la realidad, entonces. Insertarse en ella y enfrentarla con toda la lucidez que quepa. Habrá que hacerse cargo de la cultura en que viven hoy los jóvenes si es que queremos llegar a ellos con algún grado de efectividad. De nada valen absurdos anatemas y peticiones de principio según los cuales lo malo de los adolescentes actuales es no ser tan críticos, tan creativos o tan conscientes como los de generaciones anteriores⁸. Tal visión unilateral no advierte los claroscuros por los cuales también puede advertirse que los jóvenes son hoy más sueltos, menos culposos y menos superyoicos que los

de otras épocas. Y que difícilmente están dispuestos a creer en nada que no adviertan transparentemente que resulte sincero; por ejemplo, en los mismos políticos del *teleshows* permanente. De manera que la condición cultural existente debe ser analizada de manera menos maniquea que lo que es habitual; ni celebración irresponsable de lo posmoderno como reino de la pluralidad electiva⁹, ni denostación generalizada y carente de perspectiva comparativa. ●

NOTAS

1. Queremos sostener que el "no" no está inscrito como visibilidad. La negación de lo existente, para la dialéctica, reside en lo real, como posibilidad inmanente de transformación; pero esto no está patente al campo observacional, es la posibilidad de la conciencia de trascender lo aparente.
2. Castoriadis, C., "El descubrimiento de la imaginación", en su libro *Los dominios del hombre: las encrucijadas del laberinto*, Gedisa, Barcelona, 1988; Lyotard, J., *El entusiasmo*, Gedisa, Barcelona, 1987, pp. 68 y ss.. Una crítica a la noción que Castoriadis produce sobre la imaginación en Habermas, J., *El discurso filosófico de la modernidad*, Taurus, Bs. Aires, 1989, "Excurso sobre C.Castoriadis: la institución imaginaria".
3. Ver Derrida, J., *El concepto de verdad en Lacan*, Ed. Homo Sapiens, Bs. Aires, 1977. La crítica a la noción lacaniana según la cual la pulsión es del orden de lo producido por la significación y el lenguaje, en nuestra tesis de doctorado *Para una crítica psicoanalítica de la educación*, mecanogr., Univ. Nacional de San Luis, San Luis (Arg.), 1994.
4. González Requena, J., *El discurso televisivo: espectáculo de la posmodernidad*, Ed. Cátedra, Madrid, 1992.
5. Este escape de lo posmoderno es la versión a-dialéctica más fácil de encontrar en la literatura sobre el tema. Se cree que basta criticar lo posmoderno para superarlo, sin advertir su enclave en las condiciones de lo material/real. El mismo Habermas recayó en esta postura en el libro citado en nota 2, supra.
6. Vattimo, G., *El fin de la modernidad*, Gedisa, Barcelona, 1987; Follari, R., *Modernidad y posmodernidad: una óptica desde América Latina*, Aique/Rei/IDEAS, Bs.Aires, 1990.
7. Augé, M., *Los "no lugares", espacios del anonimato*, Gedisa, Barcelona, 1993.
8. Tal posición se sostiene, por ejemplo, en Obiols, G. y Di Segni de Obiols, S., *Adolescencia, posmodernidad y escuela secundaria*, Kapelusz, Bs. Aires, 1994.
9. A esta celebración apologética se abandona Lipovetski, G. en su libro *El imperio de lo efímero (la moda y su destino en las sociedades modernas)*, Anagrama, Barcelona, 1990. Su conocido *La era del vacío* resultaba más matizado y menos doctrinario.

